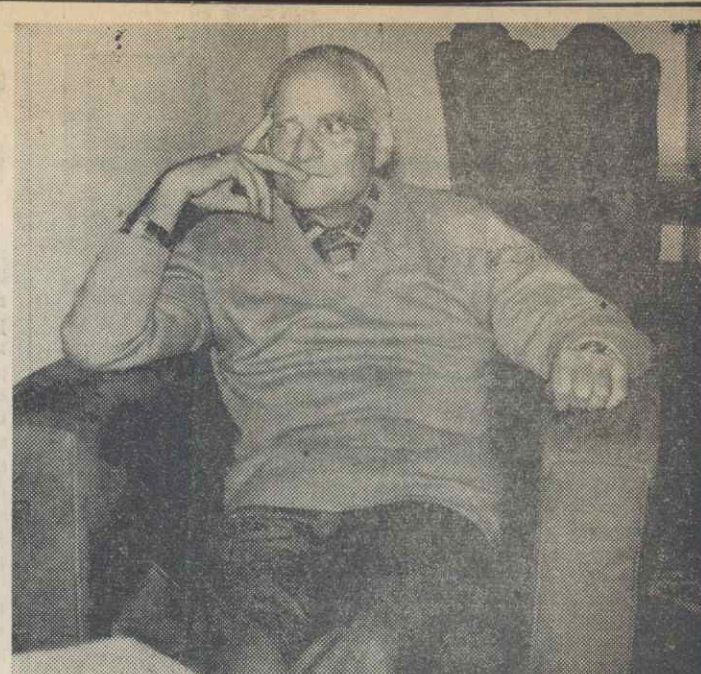


ENCUENTRO CON ALBERTO MORAVIA

Por Marino GOMEZ-SANTOS



—No fumo, por eso no le ofrezco cigarrillos.

La casa es silenciosa. A nuestra izquierda hay una gran librería con los clásicos italianos, encuadrados en tela oscura, con la letra de los lomos dorada.

Moravia sigue hablando a rá-

fagas, sin sonreír una sola vez en dos horas, sin cambiar de postura en la butaca; pero dando muestras de un nerviosismo, que se traduce en tics innumerables.

(Continuará)

(Copyright Pyresa. Prohibida su reproducción.)

— I —

Suele ser difícil ver a Moravia en Roma. Hace algún tiempo cuando vivía en el 27 de la dell'Oca solía bajar por las tardes, según nos dijeron, al café Rosatti de la plaza del Pópulo.

Algunas mañanas de domingo hemos pasado por allí, hacia Santa María del Pópulo, en una de cuyas capillas están colgados los famosos Caravaggio.

El café Rosatti es pequeño, pero aún en invierno saca unas mesas a la plaza y se puede tomar el aperitivo al sol, con la vista incomparable del Pincio, enfrente.

Hace pocos días, al pasar cerca de este café, le dije al amigo que me acompañaba:

—Me gustaría ver a Moravia.

Advertí que torcía el gesto.

—¿Tú le conoces? Insistí en preguntar, a pesar de todo.

—Sí, claro; pero no mucho.

Caminamos hacia la vía del Corso, y en dos o tres ocasiones más aludimos a Moravia, hasta que el amigo, que es muy ceremonioso, nos tomó del brazo, al tiempo que se disponía a hacernos, casi al oído una confidencia transcendental.

—Moravia... no es simpático.

Posiblemente tenía razón; pero eso de resultar antipático o simpático es siempre muy subjetivo. Depende del momento en que hemos conocido a una persona, de las circunstancias en que el encuentro se realiza y de muchos pequeños detalles que pueden motivar indistintamente la simpatía o la repulsa, con idéntica arbitrariedad.

Para nosotros Moravia era el autor que nos había dado la clave del alma de Roma. Sus cuentos, protagonizados por hombres humildes, fueron los primeros guías que tuvimos en nuestra peregrinación por la urbe.

Al pasar por vía Monserrato, Campo di Fiori, o vía Giulia, los carpinteros, los mecánicos de garage, camareros de trattorias, peluqueros, guarnicioneros o taxistas, nos parecen gentes conocidas, de cuyas vidas sabemos el secreto humano.

No nos importaba demasiado que Moravia no fuese simpático, de manera que comenzamos a seguir pistas, hasta que

logramos averiguar que vivía en el Lungotevere della Vittoria, y que tenía dos números de teléfono, aunque no figuraba su nombre en el listín.

Una mañana logramos comunicarnos con Moravia, por teléfono:

—Llego en este momento de Méjico. No me ha dado tiempo aún de abrir las maletas, nos dijo.

Convenimos en que se reservaría la tarde para descansar y que al día siguiente nos encontraríamos en su casa.

Fuimos sobre las seis de la tarde, cuando ya había anochecido. El Lungotevere della Vittoria es una avenida a orillas del Tiber, por la cual circulan a paso de patrullas mujeres con llamativos impermeables amarillos, blancos, azules y otras que van al volante de automóviles de sport, alquilados o pagados en cómodos plazos.

La iluminación es escasa por esta avenida y de vez en cuando nos cruzamos con un coche de la policía italiana.

Moravia vive en una casa que nos recuerda las que se construyeron en Madrid cuando la Ley Salmón. El piso es más bien alto —no recordamos si un octavo— y su aspecto interior es de amplitud y confort.

Esperamos en un salón-comedor, con chimenea, sobre la cual hay un retrato de mujer, pintado al óleo. Imaginamos que será Elsa Morante, que alcanzó la celebridad mundial con su novela "L'isola di Arturo" hace diez años.

Se abrió, de pronto, la puerta. Alberto Moravia apareció ante nosotros, —su aspecto nos causaba una gran sorpresa— pues su realidad física nada tenía que ver apenas con las fotografías que de él habíamos alcanzado a ver en solapas de libros o en revistas literarias. Sin duda, porque aquellas habían sido tomadas de archivos antiguos o el propio Moravia las elegía entre las de su juventud, para prolongar ésta ante los lectores.

Entró cojeando de una manera, que el cuerpo se balanceaba hacia adelante con costumbre, con hábito. Vestía pantalón de lana gris, suéter de cachemir marrón claro y camisa de sport a cuadros.

Una vez que nos tendió la mano, se dejó caer en una co-

moda butaca, cruzó las piernas y los brazos, al tiempo que nos miraba fijamente, en espera de que nosotros comenzásemos la conversación.

Alberto Moravia cumplirá este año los sesenta. Su pelo es blanco; muy pobladas las cejas; la nariz y la barbilla prominentes; el color pálido; los ojos melancólicos.

No sé por qué extraña asociación de ideas, Moravia me recordaba a mi amigo Santiago Martín (El Viti).

—¿Quiere tomar un café, un vermut, una copa?, nos dijo.

—No, gracias.

—¿De verdad?...

—Sí, de verdad, gracias.

Moravia mucho las cejas, como en un tic nervioso. Entretanto seguía esperando nuestras preguntas.

—Su vida, Moravia...

—Mi vida es muy sencilla. He nacido en 1907. Mi padre era arquitecto y pintor. Nuestra familia pertenecía a la media burguesía.

Habla muy de prisa, como a ráfagas.

—A la edad de nueve años enfermé gravemente.

—¿Es posible?

—Sí, gravemente. No exagero.

Entonces se lleva la mano a la rodilla derecha.

—Enfermé de tuberculosis ósea, de manera que tuve que permanecer en cama durante cinco años. Los dos primeros en un sanatorio de Cortina d'Ampezzo, en Codeville, concretamente.

Cada semana recibía un paquete de libros italianos, franceses, ingleses, que le enviaban de una librería de Florencia.

—Calculo que leí entonces una novela cada dos días. Fue cuando descubrí a Dostoyevski, Freud, Joyce... Dostoyevski ha sido el maestro de la literatura que más iba a influir en mí.

Su afán de leer se había acrecentado durante aquella larga estancia en el sanatorio; pero ya antes se manifestó en su casa, donde había leído obras de Goldini, Cervantes, Hugo, Zola, Carducci, Shakespeare, en la biblioteca de su padre. Fue así como al final de su adolescencia, conocía Moravia muy bien las literaturas francesa, italiana e inglesa, al tiempo que leía a los dramaturgos españoles del Siglo de Oro.

Cuando salió del sanatorio, su vocación literaria se había manifestado ya claramente. Entonces conoció a Conrado Alvaro, que trabajaba en la revista "900", editada por Massimo Bontempelli. En el tercer número de esta revista, Moravia hizo su debut literario.

Poco se sabe en Italia de la vida de Alberto Moravia —cuyo apellido verdadero es Pincherle—, porque es un hombre muy reservado en todo cuanto se refiere a su familia y a su biografía. No obstante, se ha dicho que su padre era oriundo de Venecia y su madre de Ancona, pertenecientes, sin duda a una clase media alta, porque Moravia, siendo aún muy joven, realizó grandes viajes por el extranjero.

LA TARDE

Malafa

16-Feb. 1967